

de nuestra madre, y para nuestra edificación y santificación propia. ¿es más bien, en qué forma y grado? se halla en criatura tan singular, lo que nos alcanza-
mos los mortales, sino con muchas dificultades y cuya posesión segura en vasos frágiles como lo es nuestra alma.

* Vosotros, Cristianos, no ignorais esto: de que las virtudes las trae consigo la gracia. - Cree, espera, ama el que está en estado de gracia, al tiempo que es prudente, justo, fuerte y parco. Pero, la fe de uno puede ser más o menos viva, más o menos firme su esperanza, y más o menos ardiente su caridad. Hasta el heroísmo llevaron los Santos canonizados la práctica de las virtudes cardenales, para el que tiene^{re} el don de sanar los corazones heridos, no se le escapa cuán débil es la fuerza de los más de los que seguimos a Jesucristo, cuán descuidada es nuestra prudencia, desigual nuestra justicia, y deficiente nuestra templanza.

Ahora bien, por ser la gracia que, como consecuencia de la Inmaculada Concepción fue derramada sobre María, gracia sin igual. Esta poseió también en un grado inconcebible para nosotros las siete virtudes que divinizan nuestras potencias naturales y los siete dones, cuyo papel es precisamente el de llevar estas con docilidad, por doquiera que les guie el Espíritu Santo. Con fe, esperanza y amor; fuerte, prudente, parco y justo María Santísima obedeció a la voz de la Tercera Persona de la Santísima Trinidad que: la convidaba a que visitara a Hebron a su prima Santa Isabel; que la pidió el silencio a cerca del misterio de la Encarnación obrado en ella; que solicitó su intervención en el milagro de Caná, esto para no citar más ejemplos de los muchos que pudiéramos allegar.

Prestemos oído más bien a los Santos Padres cuya enseñanza es con la de los Doctores es para nosotros Católicos norma segura. Testigos fidedignos de la Tradición no hallan palabra para celebrar dignamente ese conjunto hermoso de virtudes que resplandece en el alma de María. Ella dice Santo Tomás "ha sido virtuosa, es decir que todas, todas las virtudes adornaron excepcionalmente su alma; se dice de San Francisco que fue